

TESTIMONIOS

ENTRE MÉXICO Y JAPÓN

Los habitantes del “pedregal”

NAKAOKA TETSUROO*

MI PRIMERA IMPRESIÓN DE LA ciudad de México fue la del intenso tráfico en las calles. Me recordó mi primer viaje a China, cuando desde la ventana del hotel Beijing, observaba por la mañana el río de bicicletas que se desplazaba por las calles. En camino al hotel desde el aeropuerto de la ciudad de México el tráfico de automóviles se asemejaba a corrientes de agua que desembocaban en un canal principal, que después supe que se llamaba Viaducto y que corre de este a oeste de la ciudad. Es famoso por los embotellamientos de cada mañana, en las horas pico. Sin embargo, el día de mi llegada el tráfico en el Viaducto no era muy intenso, aunque sí me impresionó la velocidad de los coches, como si en cualquier momento fueran a estrellarse unos contra otros.

Antes de llegar a México, nunca había pensado que el automóvil fuera algo indispensable para vivir allí. Por eso me sorprendió la existencia de una autopista circular, de diez carriles llamada Periférico (en realidad, todavía sin completar su forma de anillo), por la que se desplazan infinidad de coches a alta velocidad. La velocidad máxima es 80 km, pero la ma-

* Nakaoka Tetsuroo es profesor de la Osaka Shiritsu Daigaku y fue profesor visitante del CEEA, COLMEX, en el periodo 1983-1984. Es especialista en historia de la ciencia y la tecnología, y tiene publicados varios artículos sobre el tema. El trabajo que traducimos apareció en su versión original en japonés en la revista *Seikai*, núm. 472, de marzo de 1985. Es el primero de una serie que aún continúa apareciendo. Básicamente la traducción incluye todo el contenido del original, aunque a veces optamos por alguna alteración del orden a los efectos de darle un ritmo más adecuado al del español, o sintetizamos algunos párrafos demasiado extensos y repetitivos. (N. del T.)

yoría va a más de 100. La distancia entre un coche y otro es de sólo cinco o seis metros. Viéndolos correr a gran velocidad uno siente estar presenciando un espectáculo aterrador.

El número de automóviles (incluyendo todo tipo de vehículos) que se produce en México es de aproximadamente 300 000 al año, excepto tres o cuatro años antes de 1982, cuando hubo un récord de producción. Aunque la importación de automóviles está muy controlada, la producción nacional es reducida. Y así y todo, los coches llenan las calles, lo que resulta un fenómeno muy extraño. Los coches son usados hasta que no dan más. Me tocó ver Fords modelo 50 todavía andando, y coches llenos de agujeros y abolladuras corriendo a relativa alta velocidad, lo que me hizo pensar que, en efecto, el motor es lo último que se acaba.

Los gases de los coches constituyen en México un gravísimo problema, pues la ciudad se encuentra a más de dos mil metros sobre el nivel del mar y el oxígeno es escaso. Si a ello se suman las malas condiciones de mantenimiento del motor de los coches, el resultado son grandes descargas de humo negro en el aire, sobre todo de los vehículos que funcionan a diesel. He oído decir a especialistas que si los coches se encontraran en buenas condiciones, incluso a gran altitud no tendrían por qué despedir tanta cantidad de gases tóxicos. En el Periférico, autobuses y camiones de carga llevan el tubo de escape apuntando hacia arriba, en el techo, en lugar de abajo, como en Japón, por lo que semejan locomotoras.

Unas barreras de alambre que dividen en dos al Periférico, de color verde, están negras por efecto del humo de los automóviles. Cuando las vi por primera vez pensé que en realidad eran negras, hasta que un día observé a unos obreros que las estaban lavando y que el color verde volvía a aparecer. Al ver la gruesa capa de hollín que las cubría, pensé en la gente que vive cerca del Periférico, inhalando constantemente el aire contaminado.

El camino del Periférico: mi México

El Periférico era mi camino habitual de cada mañana, no porque me gustara respirar el gas de los automóviles, sino porque era la forma más directa de llegar a El Colegio de México, donde estuve dictando clases durante un año. La ciudad de México se encuentra en una meseta rodeada de montañas volcánicas. El departamento donde yo vivía se encontraba en el límite suroeste de la meseta, al pie de una cadena de montañas denominada Ajusco, de alrededor de cuatro mil metros de altura. El Periférico corre de norte a sur en el límite occidental de la meseta, se interna en una zona de rocas volcánicas, en dirección a la Villa Olímpica y termina en las inmediaciones del famoso pueblo lacustre de Xochimilco.

Mi departamento se encontraba en una torre de veinte pisos, en el conjunto Pedregal del Lago, cerca del cruce de Picacho, donde el Periférico describe una curva. El Colegio de México está en el camino al Ajusco, la próxima salida desde Picacho. Como yo no tenía coche, decidí que caminaría desde mi casa hasta El Colegio, recorriendo el siguiente camino: desde mi departamento me dirigía al cruce de Picacho (cinco minutos); volteaba a la derecha, siguiendo el Periférico, por la banqueta de la calle lateral (veinte minutos); y otra vez volteando a la derecha, me internaba por el camino al Ajusco (cinco minutos), hasta llegar a El Colegio de México. Como el gas de los vehículos me molestaba sobremanera, quise buscar otro camino, pero resultó que ése era el único.

La palabra "Pedregal" significa en español "campo de piedras". Sin embargo, en México sirve para denominar una amplia superficie de rocas volcánicas que se extiende desde el pie del Ajusco, al suroeste de la meseta. Como se trataba de una zona difícil de explotar, el lugar permaneció en su estado original durante siglos, mientras la ciudad de México crecía a lo lejos. A partir de los Juegos Olímpicos de 1968, todo cambió. Se construyó la Villa Olímpica y algunos estadios, así como el Periférico, que conducía directamente hacia ellos. Esto hizo que aparecieran otras construcciones, como el más reciente centro comercial Perisur y su inmenso estacionamiento, orgullo de los mexicanos. También se estableció un área residencial

superexclusiva, para las familias ricas y para que sus coches tuvieran acceso directo al Periférico. El desarrollo edilicio se produjo alrededor de las salidas de esta autopista.

Alrededor del cruce de Picacho donde yo vivía se construyeron altas torres de departamentos. En las inmediaciones de la salida al Ajusco se ubicaron el Canal 13 (propiedad del Estado), la Universidad Pedagógica, El Colegio de México, y otras dependencias del gobierno. El único camino para llegar a ellos es el Periférico. La ciudad en esta zona fue diseñada para la gente con coche, por lo que caminar por allí se hace algo extraño. Como he dicho antes, el Periférico tiene diez carriles: seis carriles de alta velocidad y dos carriles laterales, en ambas direcciones, con una banqueta para los peatones cada uno, de la cual sólo una franja de unos treinta centímetros está pavimentada. Por estas laterales es donde corren los autobuses y unos taxis colectivos de ruta fija llamados "peseros". Sólo ocasionalmente me tocaba encontrar personas que caminaban por la banqueta, especialmente por las mañanas, cuando sacaban a pasear a los perros. A veces me topaba con algunas gentes montadas a caballo. Estas caminatas se constituyeron en "mi México", puesto que durante mi estadía allí habré hecho unas 150, entre idas y vueltas. La mayor parte del tiempo la pasé en mi cubículo de El Colegio de México, por lo que, bien o mal, estas caminatas se constituyeron en mi contacto cotidiano con el mundo exterior, con el México que yo viví y con las cosas que allí sucedían. En efecto, durante estas caminatas, presencié muchas cosas inesperadas y tuve oportunidad de reflexionar sobre México. Me gusta mucho pensar mientras camino, por lo que todo el tiempo que pasé en la calle fue muy fructífero, si se quiere.

Mi departamento, como ya he dicho, se encontraba en una de las cinco torres de veinte pisos del conjunto Pedregal del Lago, para ser exacto, el departamento 1, del piso 14, de la torre 3. Vivía con mi esposa Yuri y con mi hijo menor, Shunsuke. El mayor, Ryusuke, se había quedado en Japón, porque, como estudiante de preparatoria, era difícil encontrar una escuela apropiada para él en México. Shunsuke iba a una escuela japonesa, a veinte minutos a pie de nuestro departamento, ubicada en el área residencial superexclusiva del Pedregal de

San Ángel. Mi hijo salía muy temprano en la mañana, y yo hacía lo propio una o dos horas más tarde.

Puestos matutinos y policías

A la salida del conjunto Pedregal del Lago hay unas barreras de madera que sirven para interceptar el paso de los automóviles que entran y salen. Frente a la salida en lo que parece ser un parque, cada mañana podía observar unas muchachas mexicanas de piel morena que atendían unos puestos improvisados en los que preparaban comidas típicas en braseros. En las parrillas calentaban "tortillas", que son similares al *okonomi yaki* japonés, y en las vasijas cocinaban salsas con chile picante. Varios clientes se juntaban alrededor de ellas y comían las salsas rojas, envolviéndolas con las tortillas, mientras bebían refrescos de cola. La mayoría eran policías.

A la vista de los automóviles de patrulla estacionados en la esquina del parque pensé que quizás el lugar debía ser un estacionamiento reservado para la policía. Pero después descubrí que no era así. En realidad, estaban allí para custodiar el banco, que había sido asaltado poco antes de que yo llegara a México. Frente al banco había dos policías munidos de sendas carabinas. En la esquina del parque estaban las patrullas mencionadas. A pesar de que había oído que es difícil mantener el orden en una sociedad como la mexicana, el número de policías para custodiar un solo banco se me hizo excesivo.

Los policías no tenían nada que hacer, de modo que se pasaban el tiempo alrededor de los puestos de comida, platicando con las muchachas, bebiendo refrescos y comiendo tacos de diferentes variedades. Para las muchachas, los asaltantes de bancos podrían significar un buen negocio, a menos que los policías se aprovecharan de ellas y les sacaran la comida sin pagar. Al pasar frente a estos puestos no podía dejar de pensar en mi infancia, cincuenta años antes, cuando iba en primero de primaria. Entonces, tenía que pasar frente a unos puestos llamados *issen yooshoku*, donde vendían una especie de brochetas por un *sen* (centavo de yen). A mí siempre se me antojaba comer una, pero mi madre me lo había prohibido, diciéndome

que estaban contaminadas. También se me antojaba probar los tacos de los puestos de México, pero me detenía al recordar un artículo que había leído en un periódico, donde se decía que el 80% de la comida que se vende en la calle está contaminada. Me preguntaba entonces si el Japón de hace cincuenta años y el México de hoy no estarían en la misma situación. No tenía clara la respuesta, pero sí estaba seguro de una cosa: en el Japón de aquellos días no había la cantidad de coches que hay hoy en México.

Monumentos a la crisis económica de México

Tomando hacia la derecha del cruce de Picacho, debía ascender una suave colina flanqueada por un muro que encerraba más edificios de departamentos. Al finalizar este muro, comenzaba una avenida de unos veinte metros de ancho, a un lado de la cual había una enorme construcción cilíndrica que me recordaba un edificio similar que se levanta frente a la estación de Osaka, aunque este último de dimensiones considerablemente más pequeñas. Un poco más lejos, se veían unos edificios de departamentos a medio construir: en el espacio que había entre ellos y el edificio cilíndrico, el terreno estaba sin cuidar. Sin embargo, alrededor del edificio circular, que resultó ser el hospital para los empleados de Pemex, habían plantado pasto y flores multicolores.

Pemex es la empresa más grande de México. En 1938, el presidente Cárdenas, en un alarde de política industrial, nacionalizó las compañías petroleras norteamericanas e inglesas, medida que fue apoyada con entusiasmo por los mexicanos. Desde entonces, hasta la crisis de 1982, la economía de México se basó en el desarrollo de la industria del petróleo. El eje de este desarrollo lo constituyó Pemex. Ser empleado de esta empresa era el sueño de los trabajadores mexicanos. La inmensa construcción cilíndrica del hospital de Pemex parecía simbolizar la alta estima que poseía esta empresa en el seno de la sociedad mexicana.

El contraste entre el bello hospital y los alrededores se me hacía muy extraño. Más que desierto, el lugar parecía encon-

trarse en estado de abandono. En el curso de mis caminatas llegué a la conclusión de que los edificios habían sido dejados a medio construir y que muy poca gente vivía en ellos, a juzgar por la escasez de coches y de personas que transitaban por la avenida.

Frente al hospital se levantaba un edificio de departamentos blanco y alto, rodeado de árboles añosos. La tranquila y elegante atmósfera de este lugar invitaban a soñar con vivir allí, a no ser por el ruido del intenso tráfico del Periférico. Junto a esta torre blanca había otro edificio gemelo a medio construir: durante el año que pasé en México, no vi que nadie trabajara en él. También en el cruce de Picacho había un hotel de lujo casi terminado, a excepción de la planta baja. Ninguna de estas construcciones estaba siendo utilizada.

Los trabajos se habían suspendido al producirse la crisis de 1982. La gran escala y magnificencia de los edificios hablaban del brillante desarrollo económico de México antes de 1982. La forma en que habían sido suspendidas las obras era, sin embargo, una prueba elocuente de la magnitud de la crisis. Estas reliquias se constituían así en monumentos del esplendor de la economía, y a la vez, de la caída en el abismo de la desesperanza. No cabe duda de que uno de los factores de la crisis fue la mala administración de Pemex. El hospital había alcanzado a ser terminado, pero estaba rodeado por la desolación. El cuadro me resultaba muy mexicano. Ahora me pregunto: si la economía de México se recupera, ¿cuál de estas reliquias empezará a funcionar primero?

El paisaje del Pedregal

Dejando atrás el hospital de Pemex, volvían a levantarse altos muros de piedra. Cuando intenté averiguar qué había detrás de ellos, descubrí que sólo piedras. No entendía para qué construir muros cuando no hay nada que proteger. Pensé que quizás se trataba de alguna actividad secreta. En todo caso, se extendían hasta la mitad de mi camino a El Colegio. El resto, hasta el Canal 13, eran terrenos salvajes, entre los cuales crecían toda clase de arbustos y flores. En el otoño, a mi llegada

a México, estaban en flor unas campánulas amarillas, una especie de margaritas blancas y cosmos rojizos. Un poco más lejos, los arbustos pintaban de verde el paisaje, y más allá comenzaba un bosque detrás del cual se divisaba la forma trapezoidal de un volcán. En los días claros se podía ver el Ajusco, que se extendía como un murciélago con las alas abiertas. Aunque es una cadena de cerca de cuatro mil metros de altura, tomando en cuenta que la ciudad está a más de dos mil metros, no parecía tan alta. Yo gozaba mucho con el paisaje, a pesar del gas que despedían los coches.

Más adelante estaba el Canal 13, con su antena parabólica. Me tomaba unos diez minutos llegar hasta allí desde el hospital de Pemex. En las inmediaciones del Canal 13 siempre había estacionados un gran número de automóviles, incluso a ambos lados de la lateral del Periférico. Se me hacía increíble que, a pesar de que había una indicación de NO ESTACIONAR, nadie le hiciera caso, y se llegara incluso a invadir el lugar de los peatones.

Junto al Canal 13 había una extraña construcción de concreto, que bien podría haber sido un depósito para guardar algo, a no ser porque le faltaba el techo. Estaba rodeada de una alambrada de unos dos metros de altura, coronada de púas. No imaginaba para qué podría servir: quizás se tratara de un lugar donde se llevarían a cabo operaciones secretas, como buscar petróleo o piedras preciosas. Sólo en una ocasión me pareció ver algo que se movía entre los arbustos.

Un mes más tarde, en las inmediaciones del lugar, vi a alguien en medio del pedregal, junto a una cabaña de bloque a medio construir. Se trataba de un hombre con un amplio sombrero mexicano que calentaba tortillas en un fuego improvisado con las ramas del lugar. ¿Qué estaría haciendo? A juzgar por unas herramientas que descansaban junto a él, llegué a la conclusión de que estaba construyendo la cabaña. La carretilla, el implemento más simple de la ingeniería civil, y la preparación de la comida, me hicieron pensar que trabajo y alimentación son las actividades básicas del hombre, desde antiguo.

Trabajo y economía en el "pedregal"

Transcurrieron varios días. Una mañana, al pasar frente al largo muro de piedras, oí unos sonidos metálicos que provenían del otro lado, a intervalos regulares. Quizás los había oído antes y no les había prestado atención. Esta vez, de improviso, me di cuenta de todo. En el medio del muro había un portón de hierro, con un letrero que anunciaba: SE VENDE PIEDRA. Antes, con mi escaso conocimiento del español, sólo había entendido SE VENDE. Ahora que sabía lo que era PIEDRA el misterio estaba resuelto. También en el terreno rodeado de alambrado estaba el mismo letrero. No se me había ocurrido checar en un diccionario el significado de la palabra "piedra". Asociándola con el francés *piéd* (pie) pensé que tendría algo que ver con "paseo", pero *Se vende paseo* no tenía sentido. Al oír el sonido de un cincel contra la roca, comprendí el significado: estaban sacando piedra, a la que daban la forma de un cuadrado de unos veinte centímetros de lado. Después supe que la roca volcánica es uno de los materiales más usados en la construcción en México, donde prácticamente todas las bardas son de este material.

El área superexclusiva situada en el lado norte del Periférico se denomina Pedregal y los muros que rodean las lujosas mansiones son en su mayoría de roca volcánica. También algunas residencias coloniales de Coyoacán tienen muros de esta roca. En el Pedregal, el color oscuro de la piedra le da a la zona su color característico. En Coyoacán, los siglos han vuelto grisáceos los muros, confiriéndole al lugar una elegancia sin par. Las rocas de ambos lugares han sido cortadas por los obreros que trabajan en los campos de piedra. En lugar de usar máquinas, el martillo y el cincel son las herramientas con que cuentan.

Para mi sorpresa, días más tarde, descubrí que no sólo se cortaban allí piedras para la construcción. Al mismo tiempo se iba nivelando el terreno, el cual, ya libre de las irregularidades de las rocas, completamente aplanado, se estaba preparando para edificar. Reflexioné entonces sobre las actividades económicas de México. En este caso, lo único que se necesitaba era roca volcánica, que hay por todas partes. No se había he-

cho ninguna inversión en máquinas, y el dinero con que se pagaban los salarios de los obreros seguramente provenía de la venta de esta roca. En medio de la crisis económica, era una forma de seguir adelante. El conjunto del proceso me hizo reflexionar en las bases de la actividad económica del hombre.

La construcción de una vivienda

Donde hay trabajo, hay seres humanos. Algunas semanas más tarde observé dos hombres con sombrero donde antes había visto al hombre calentando tortillas. Estaban subidos en el techo de la cabaña. El mayor, que era el hombre con aspecto de indio al que me referí anteriormente, parecía tener unos cuarenta años. El otro era muy joven, quizás su hijo. Estaban colocando un caño en el techo para hacer que el agua de lluvia corriera hacia afuera. A lo largo de las varias semanas que los observé trabajar, la cabaña fue sufriendo cambios paulatinos. Fijar mi atención en los cambios fue uno de mis pasatiempos favoritos durante algunos días.

La casa estaba situada en una hondonada. Debía tener una superficie aproximada de 40 *tsubo* (medida japonesa de superficie). Me preocupaba pensar lo que podría suceder si llegara a llover mucho, puesto que el agua iría a depositarse en la hondonada, convirtiéndola en un estanque. Después supe que el agua se escurre muy bien entre las piedras. Además, el lugar debía ser muy tibio y bien protegido de los vientos.

Poco tiempo después, empezaron a construir una nueva casa en el lado opuesto de la anterior, es decir, en el suroeste. Usaron varios tipos de material, como bloques de cemento para las paredes, que quedaban con algunas rendijas, y lámina corrugada para el techo, el material de construcción más barato de México. La humilde vivienda parecía lista para salir volando con el primer viento fuerte que soplara, pero no fue así.

Pobreza extendida

Transcurrieron algunos días, hasta que una mañana vi a una mujer joven que lavaba ropa. Estaba de espaldas. No pude ver su cara. Llevaba un vestido de poliéster. Junto a ella había un

tinaco lleno de agua. ¿De dónde provendría esta agua? Pronto tuve la respuesta.

Como he mencionado anteriormente, entre la hondonada y el Canal 13 había una construcción sin techo semejante a un depósito. En el interior resultó que había una toma de agua. Los hombres habían hecho un agujero en la pared del edificio, a través del cual pasaron una larga y delgada manguera de plástico hábilmente disimulada entre los arbustos. Nadie podría descubrirla, a menos que observara atentamente el lugar, como yo lo hice.

La manguera no iba a dar directamente al tinaco del cual la mujer sacaba agua, sino que primero estaba conectada a un tanque instalado sobre una saliente del terreno, del cual, mediante otra manguera, el agua era llevada hasta la casa. Habían utilizado el principio del sifón y realmente toda la instalación era muy ingeniosa. Me sorprendió la capacidad de esta gente para mejorar su vida cotidiana y el insospechado alto nivel de inteligencia que mostraban en general los que vivían y trabajaban en el "pedregal". Con la construcción del sistema para conducir agua el lugar comenzó a tener cada vez más características humanas. Con el paso de los días, llegué a la conclusión de que por lo menos eran dos las familias que vivían allí. Cocinaban en una pequeña estufa ubicada en la entrada de una de las viviendas de bloques y comían en el interior. Pronto construyeron un tercer edificio, muy pequeño, entre los dos existentes. No era mayor de un *tsubo* y al principio pensé que se trataría de un excusado. Pero un día vi a un niño que salía de él envuelto en una toalla. En efecto, se trataba de un baño.

Entre los tres edificios quedó encerrado una especie de patio. Un día vi un gato que tomaba sol; en otra ocasión colgaron una jaula con un pájaro. A veces había una mujer sentada en una silla. No podía calcular su edad. Los indios mexicanos se ven más viejos que los japoneses de la misma edad. Quizás ella no tuviera más de cincuenta años. La mujer sentada, el gato tomando sol y el perico en la jaula tenían el aspecto de un cuadro de ocio y abundancia. A veces colgaban una radio de transistores en la puerta de una de las viviendas; otras, un par de triciclos reposaban en el patio. El nivel de vida de las familias parecía progresar rápidamente.

Sin embargo, nunca pude saber la cantidad exacta de gente que vivía allí. Los dos hombres que vi al principio prácticamente desaparecieron. Las dos mujeres, obviamente sus esposas, se veían poco. Después supe que ellos trabajaban en algún lugar del "pedregal", mientras ellas hacían de sirvientas. Los hijos se veían más a menudo, así como un hombre con una silla de ruedas que había venido a vivir allí hacía como seis meses. Un día observé cinco niños que jugaban en el patio y otra mujer joven que lavaba ropa. En otra ocasión, tres hombres reparaban una de las paredes de bloque.

Pero de una cosa estaba seguro: todos formaban una comunidad, y el que podía, salía a trabajar, de modo que para conocer el número exacto de habitantes debería haber ido allí de noche, cuando todos regresaban a la casa. Los que trabajaban debían ser cuatro, aunque quizás habría que incluir a alguno de los niños. A juzgar por la ropa lavada, no eran pocos. Si no menos de ocho personas vivían juntas, ¿cómo sería la vida sexual de las dos parejas? La impresión de abundancia que había tenido al observar a la vieja con el gato y el perico se desvaneció. En su lugar quedó la pobreza.

El "pedregal", mi libro mexicano de consulta

El trabajo en el "pedregal" y la vida familiar en la hondonada me dieron una idea fundamental de lo que es México. En el tiempo que recorrí el camino hasta El Colegio tuve oportunidad de realizar una investigación de campo de primera sobre las actividades productivas del llamado "sector informal" o "economía de supervivencia". Sólo leer libros de especialistas de economía me habría llevado a aplicar teorías abstractas sin una clara imagen de la realidad. A través de mis caminatas por el "pedregal" pude, sin embargo, entender mejor el tipo de actividad productiva que se describe en esos libros.

El sonido del cincel contra la roca volcánica, las muchachas que vendían tacos en la esquina del parque, los niños en el supermercado que me ayudaban con los paquetes por unas monedas, las mujeres que venían a ofrecerse como sirvientas a mi departamento, como "muchachas", como se dice en Mé-

xico, todo ello venía a caer bajo la denominación abstracta de "sector informal". A través de mi observación del trabajo y de la vida familiar en el "pedregal", tuve la oportunidad de comprender la economía y la sociedad mexicanas. En este sentido, el camino del Periférico fue mi México.

Traducción del japonés:

MASAYO NONAKA Y GUILLEMO QUARTUCCI